

# MONACATO Y PRODUCCION DE CODICES CON PARTICULAR REFERENCIA A LOS CONSERVADOS EN LA BIBLIOTECA APOSTOLICA VATICANA

---

MARÍA CRISTINA MISITI

Doctora en Letras. Bibliotecaria de la Biblioteca del Instituto  
Nacional de Arqueología e Historia del Arte de Roma.  
Colaboradora de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

---

La primera cuestión que me he planteado al comenzar este trabajo ha sido indagar desde cuándo los monjes se han dedicado a la transcripción de códices, convirtiéndose los monasterios en centros de cultura; encargados de la conservación del patrimonio clásico.

No todos los estudiosos están de acuerdo en lo que respecta a las fechas; mientras algunos piensan que durante los primeros siglos del monacato occidental los monjes apenas se habrían ocupado del trabajo cultural, dada la limitada exigencia de libros sacros; otros, en cambio, testimonian con abundancia de ejemplos un interés verdadero de los padres del monacato hacia la cultura y el estudio de los textos antiguos.

## EL MONACATO Y LA PRODUCCIÓN DE CÓDICES

### 1. *Las Reglas monásticas y el trabajo intelectual en las abadías.*

Uno de los mayores logros del monacato occidental ha sido el conservar, a pesar de los enormes cambios que han acompañado el final de la Antigüedad y el comienzo de la Edad Media, gran parte del precioso patrimonio del pasado. Islas en el mar de la ignorancia y de la barbarie, los monasterios han contribuido a salvar de la muerte segura las tradiciones culturales de Occidente. Esta milagrosa supervivencia fue debida, en primer lugar, si no exclusivamente, a la fuerza espiritual e intelectual que ha dominado la nueva era: la iglesia.

La acción del cristianismo imprimió, entonces, un carácter religioso a la difusión del libro. La organización escolástica y la instrucción laica, un tiempo florecientes, habían declinado o desaparecido de todos los territorios del Imperio, y sólo la iglesia logra mantener viva la costumbre de escribir entre las clases inferiores de la sociedad. La producción libraria, sobre todo en los siglos V y VI, es casi exclusivamente cristiana:

Petrucci calcula que de un total de 135 códices producidos en Italia, 40 son Biblias o Evangelios o Comentarios, 68 obras de Patrística, 10 de autores laicos, 9 textos de carácter jurídico y 8 textos científicos.<sup>1</sup>

San Agustín es uno de los primeros en prestar atención a la conservación de libros antiguos: su preocupación porque fuese conservada su biblioteca la conocemos a través de la biografía de Posidio, que insiste dos veces en el tema.<sup>2</sup>

La Regla que se cree dictada por el santo para los monjes de su orden, hace referencia también, a monjes «*quae codicibus praeponuntur*» y establece que los códices «*cera hora singulis diebus petantur*».<sup>3</sup>

Según San Agustín la ciencia humana es imprescindible para entender y defender mejor la ciencia divina, que se condensa en la Biblia. De aquí, la gran importancia del estudio de las lenguas clásicas, de las naturales, de las matemáticas y de la música, de la historia y astronomía, de las artes y oficios y, sobre todo, de la filosofía. Para llevar a cabo tan magna labor intelectual, se valió el Santo de las bibliotecas y los *scriptoria*. El carácter de estas bibliotecas era esencialmente eclesiástico, pero no faltaban tampoco las principales obras de la cultura pagana clásica.

No carecían los monasterios de taquígrafos y amanuenses: sabemos que el Obispo de Hipona tenía siempre a su lado un taquígrafo, cuya misión era recoger en abreviatura el dictado. La multiplicación de copias era ya trabajo de amanuense en el *scriptorium*.

Los discípulos de San Agustín continuaron la misma línea marcada por el fundador: Evodio tenía personal en el monasterio dedicado a dictar y copiar los manuscritos; Santa Melania trabajaba diariamente en la transcripción de códices.<sup>4</sup> Eugipio, monje oriundo de Africa, tenía en su monasterio de

1 A. Petrucci, Scrittura e libro nell'Italia alto-medievale, in: Studi Medievali, X, 2 (1969), p. 175.

2 Possidius, Vita S. Augustini... ed. by H. T. Weis Kotten, Princeton, 1919, cap. 28 e 31.

3 L. Verheijen, La Règle de Saint Augustin, Paris, 1967, par V, 9 e 10, P. 417-437.

4 Vita S. Melaniae Senatricis Romae, ed. Rampolla, Roma, 1905, p. 15.

Lucullanum, cerca de Nápoles, un scriptorium, al cual acudía San Fulgencio para conseguir algunos códices.

En el curso del siglo VI tanto en el norte como en el sur de Europa se transcriben y comentan textos bíblicos; además la lectura y la meditación sobre textos sacros son actividades fundamentales del monacato occidental. Incluso en los monasterios fundados por Pacomio, aunque no se pueda suponer una actividad libraria regular, los libros circulan, se leen y cuando es necesario se transcriben.

En una carta escrita desde el desierto de Cálcida a un monje latino de Jerusalén, San Jerónimo pedía que le fuese enviada una copia del Comentario de Reticio de Autun al Cantar de los Cantares, y se ofrecía a devolver el favor, ya que disponía de una biblioteca bien surtida y de discípulos versados en la «antiquaria ars».<sup>5</sup>

En el primer cenobio occidental conocido, el de Marmoutier, a los jóvenes se les permitía acceder al oficio de copista.<sup>6</sup> Así pues, tanto en Francia como en otros puntos no sólo se encuentran huellas de una actividad escritoria que la práctica de la *lectio divina* venía exigiendo en medida creciente, sino también una vivaz fecunda actividad cultural.

En el siglo VI la actividad escritoria en los monasterios se intensifica, ya que el sistema tradicional de la producción del libro por manos de artesanos laicos se extingue y en consecuencia se pone en funcionamiento un sistema de producción interna. A Cassiodoro, senador y secretario de Teodorico, se le atribuye la primacía en defender y organizar una actividad intelectual en los monasterios. Retirándose de la política, en el 540 funda el monasterio de Vivarium, en la Italia meridional; y pronto este centro irradia una espléndida y vivaz producción intelectual.

La transcripción y corrección de los textos adquieren un lugar relevante entre las ocupaciones de los monjes, que trabajan tanto para cubrir las necesidades internas como por encargos externos.

Cassiodoro recomienda calurosamente la actividad escritoria como instrumento de ascesis y de perfeccionamiento espiritual, medio eficaz para combatir las tentaciones que afligen incesantemente la vida de los monjes. Las *Institutiones* dedican un capítulo entero a preceptos de ortografía, de puntuación y de caligrafía y dejan entrever una comunidad monástica real, con varios niveles

<sup>5</sup> S. Hieronymus, *Epistolae*, texte établi et traduit par J. Labourt. Paris, 1949, I, 5, 5, p. 17.

<sup>6</sup> Sulp. Severus, *Martini vita*, 10, 6.

de frailes, los que se ocupan de trabajo intelectual y los que se dedican al trabajo manual.<sup>7</sup>

El centro librario de Vivarium presenta ya las características que se han mantenido inalteradas hasta el siglo XII, época del máximo esplendor de esta institución, gracias a la expansión del monacato benedictino en todo el mundo occidental.

Aunque la regla benedictina no hace mención explícita al copiado de códices, el tiempo que se dejaba disponible para el trabajo manual debía comprender también esta ocupación, indispensable dadas las exigencias de la liturgia. Por otra parte, en el régimen de vida de un monje benedictino la lectura —*lectio divina*— tenía una parte tan vital que es imposible imaginar un monje sin instrucción básica o un convento sin biblioteca.<sup>8</sup>

Al comienzo de Cuaresma cada miembro de la comunidad recibía un libro «de bibliotheca», que debía leer con atención escrupulosa. En otro capítulo la regla prohíbe la posesión de cualquier tipo de propiedad privada, y entre los bienes prohibidos señala tanto los libros como los materiales escritos;<sup>9</sup> y además en otro punto, en un elenco de las cosas necesarias para los monjes, enumera también objetos para escribir.<sup>10</sup>

En la Alta Edad Media cuando los monasterios son pobres y el trabajo manual debe en mayor medida proveer a la subsistencia, los monjes dedicados a la copia son pocos, pero gradualmente al tiempo que las abadías obtiene tierras en concesión y por ello mayor bienestar los frailes abandonan el trabajo físico para dedicarse al intelectual. Especialmente en Irlanda los escribas gozan de gran prestigio ya desde el siglo VII; tanto es así que la pena para el que asesinaba a un copista era igual a la aplicada al que asesinaba a un obispo o a un abad.<sup>11</sup>

7 Cassiodorus, *Institutiones*, ed. R.A.B. Mynors, Oxford, 1937, I, cap. XXX, «De antiquariis et commemoratione orthographiae».

8 Regola di S. Benedetto, cap. 48, 1, ed. Hanslik, 1960: «Otiositas inimica est animae; et ideo certis temporibus occupari debent fratres in labore manuum, certis iterum horis in lectione divina».

9 Regola di S. Benedetto, 33, 1-3: «Praecipue hoc vitium radicitus amputandum est de monasterio, ne quis praesumat aliquid dare aut accipere sine iussione abbatis, neque aliquid habere proprium, nullam omnino rem, neque codicem, neque tabulas, neque graphium, sed nihil omnino».

10 Regola di S. Benedetto, 55, 19: «cuculla, tunica, pedules, caligas, brace, *cutellum, graphium, acum, mappula, tabulas* (...).

11 F. Madan, *Books and manuscripts* (...), New York, 1927, p. 42.

En el monasterio de Tours, Alcuino exhortaba a los monjes a dedicarse a la transcripción de códices: «Più che vangare la vigna, è buono copiare i libri: là si lavora per il ventre, qui per l'anima». <sup>12</sup>

## 2. *La arquitectura del scriptorium: el ejemplo de St. Gall.*

La planta de una abadía no es fruto de la libre imaginación del arquitecto, debe cumplir unas normas: en primer lugar debe ser funcional, debe necesariamente comprender un cierto número de edificios, cuya disposición está predeterminada no sólo por el material de base, por la naturaleza y disposición del terreno, sino también por las exigencias de la vida comunitaria, por las necesidades de la liturgia y por el fin de evocar el misterio y la trascendencia de lo divino.

El ideal medieval consiste en mantenerse fiel a un esquema que ya ha dado buenos resultados: de ahí las filiaciones individuales del mismo prototipo y las características originales de algunos ejemplos más excéntricos.

Los ejemplos de monasterios alto-medievales conservados en su estado original son muy escasos; en particular en Italia los más antiguos, como Vivarium y Montecassino, han sido destruidos en el curso de la historia y otras abadías como Farfa, Bobbio, Nonantola aunque se conservan, han estado profundamente alterados en su estructura hasta el punto de desnaturalizar completamente la disposición original de los edificios. El corazón de la abadía, su primera razón de ser, es evidentemente la Iglesia; alrededor de ésta surgen los numerosos edificios necesarios para la vida comunitaria: el claustro, la sala capitular, el dormitorio, los servicios llamados necesarios y letrinas, el refectorio y la cocina, la biblioteca y el *scriptorium*, la enfermería y la hospedería. Dependiendo del tamaño y la importancia, el monasterio puede poseer diversos laboratorios —la panadería y otros para la elaboración del queso o del vino— cantinas, almacenes para las provisiones, hornos, lavaderos, establos, escuderías. En fin, extendiéndose por el territorio circundante, comprende viveros, colmenas, huertos, frutales, arriates de hierbas medicinales, y más alejados tierras de cultivo, pastos y bosques. El claustro es el centro propulsor y el alma de la pequeña ciudad monástica: es el lugar donde se desarrollan las actividades sociales del día, la distribución de encargos y trabajos por el prior, la ejecu-

<sup>12</sup> Alcuino, Carmina, 67, in J. P. Migne, Patrologia latina, 101, c. 745. «Ad musacum libros scribentium».

ción de algunos trabajos, el cortejo de los monjes que entran en la iglesia o en la sala capitular, la lectura, la meditación.

En los primeros cenobios occidentales no hay verdaderos *scriptoria*: se hace sin duda el trabajo de copiado de la Biblia, libros litúrgicos y escritos de los Padres, pero sólo para cubrir las necesidades de la vida monástica. El término más antiguo para designar una biblioteca es *armarium*, que indica el armario o la librería en el que se guardan los libros: se han encontrado ejemplos localizados o en la iglesia, o en las inmediaciones en un nicho excavado en el muro del claustro, y dotado de varios planos. El sistema de crear dos locales diversos, uno para la conservación y otro para la copia e iluminación de los textos, se adopta masivamente tras el ejemplo de Vivarium, que se había manifestado perfectamente funcional.

El trabajo de copia se desarrollaba en un local distinto, pero no siempre se podía respetar esta regla. Se han encontrado *scriptoria* en San Martín de Tours, St.-Gall, Fulda, St.-Albans.<sup>13</sup> A menudo *scriptorium* y biblioteca eran un mismo local.<sup>14</sup>

Los libros se ordenaban alrededor de las paredes en armarios cerrados: el resto del mobiliario consiste en largas mesas o escritoria separados colocados en el centro de la estancia. A veces hay mesas entre los armarios. El número de escribas varía de un mínimo de tres a un máximo de veinte; y el número medio se trata de doce.

La ubicación del *scriptorium* varía: en los monasterios irlandeses o de fundación irlandesa en el continente a menudo está situado en el mismo local que la biblioteca, frecuentemente colocada cerca de la cocina o del calefactorium, con el fin de mantener secos los códices.

Otras veces el *scriptorium* está enteramente separado de la biblioteca y en este caso no se tiene cuidado el «confort» de los escribas, como testimonian las frecuentes quejas por el hielo, los dedos doloridos y ateridos e incluso por la tinta congelada. Con algunas reservas se puede afirmar que el gran *scriptorium* era característico de los monasterios benedictinos, en cambio pequeñas celdas individuales era preferidas por cistercienses y cartujos, que habían puesto rígidos límites a la vida comunitaria. En este caso las celdas se organizan alrededor del calefactorium. Un gracioso «resoconto» de tal tipo de

<sup>13</sup> E. G. Vogel, Einiges über Amt und Stellung des Armarius in den obend ländischen Klöstern des Mittelalters, in: «Serapeum», IV (1843), p. 24.

<sup>14</sup> A. Lecoy de la Marche, L'art d'écrire et les calligraphes, in: «Revue des questions historiques», XXXVI (1884), p. 197.

scriptorium nos ha dejado el monje Nicolás, secretario de San Bernardo.<sup>15</sup> Incluso en los monasterios en los que los escribas trabajan juntos existen celdas individuales para los más cultos de la comunidad, que desean apartarse para meditar o componer libros. Una tercera forma de *scriptorium* es la que se abre en el claustro: a veces el copista trabaja en el claustro abierto, como en San Martín de Tournay donde, bajo el abad Odo (1039?) se veían en el claustro «una docena de jóvenes monjes sentados en sillas en perfecto silencio, que escriben en mesas, cuidadosamente construidas».<sup>16</sup>

Del trabajo en el claustro abierto tenemos un elocuente testimonio de un fraile de la abadía de Ramsey (Huntingdonshire), escrita en un fragmento de manuscrito encontrado en la Universidad de Cambridge en forma de dístico latino:

IN VENTO MINIME PLUVIA NIVE SOLE SEDERE  
POSSUMUS IN CLAUSTRO NEC SCRIBERE NEQUE STUDERE

(no podemos ni escribir ni estudiar en el claustro sentándonos a la tempestad a la lluvia y nieve).

Dado que pocos monasterios ingleses tenían locales apropiados para la biblioteca y el *scriptorium* antes del final del siglo XIV, muchos separaron una de las cuatro alas del claustro para facilitar la lectura y la escritura en todas las estaciones. Los espacios de la ventana que daban al jardín del claustro venían rellenos con papel «oleata», esteras de paja o vidrio. Dos o tres divisiones, generalmente de madera, se alzaban frente a las ventanas para dar un poco de intimidad y proteger a los amanuenses de la furia de los elementos. Las sillas, de 130 centímetros de alto, llevaban respaldo y brazos de madera para proteger del viento y de las corrientes de aire y el pavimento estaba recubierto de paja y heno para aislar el frío.

Ha llegado a nuestros días un precioso documento, un dibujo en pergamino del siglo IX, que representa el plano de la abadía de St. Gall, tal y como fue reconstruido en tiempos del Abad Gozberto entre el 830 y el 837.

El esquema constructivo es considerado el prototipo de un monasterio benedictino, sujetos al cual se construyeron muchos monasterios europeos, y en particular los de fundación irlandesa. Sobre el lado septentrional de la iglesia en posición simétrica a la de la sacristía y del vestíbulo surge un edificio de dos plantas, que contiene en la parte inferior las mesas para los

<sup>15</sup> T. Hardy, *Descriptive catalogue of the materials relating to the history of Great Britain, and Ireland (...)*, London, 1862-1871, III, XXI.

<sup>16</sup> T. Hardy, *cit.*, XXII.

escribas y en la superior la biblioteca. Desde un punto de vista funcional, la distribución de estos dos importantes servicios es ideal: su ubicación en el ángulo nor-oriental de la iglesia, en el cono de sombra dada por el coro y el transepto, protegía a los escribas del sol y les permitía trabajar con luz difusa.

Al *scriptorium* se entra por una puerta abierta en el brazo norte del transepto. La biblioteca se alcanza desde el presbiterio por medio de una escalera o un pasaje llamado «entrada superior a la biblioteca sobre la cripta». Esto implica que existía otra entrada inferior, no evidenciada en el plano, presumiblemente una escalera interna que comunicaba la biblioteca y el *scriptorium*. El plano ilustra la planta (el esquema) del *scriptorium*: tiene una gran mesa cuadrada en el centro, idéntica en forma y dimensión a la de la sacristía, y como aquella, apoyada en un basamento. A lo largo de las paredes Norte y Este hay siete escritorios y siete ventanas que dejan entrar la luz adecuada para escribir. Las ventanas tenían seguramente cristales, aunque en tiempos de Carlomagno eran un lujo. El *scriptorium* de St. Gall carecía de cualquier tipo de calefacción.

La posición de la biblioteca a la izquierda del ábside es tradicional: existe, como George Forsyth ha señalado, ya en el siglo V en la iglesia de San Paolino de Nola (cerca de Nápoles).<sup>17</sup> El edificio lateral de dos plantas es característico de muchas iglesias paleocristianas del Vecino Oriente, como San Juan de Efeso.

En la tradición cristiana toda la vida humana está ordenada en razón del siete: siete vicios, siete virtudes, siete sacramentos, siete períodos en la organización de la vida monástica —Laudes, Prima, Tercia, Sesta, Nota, Vísperas, Completas— según la regla de San Benito. En el plano de St. Gall el número se refleja en los siete edificios que surgen en torno al claustro, siete grados en la escalera del presbiterio, siete mesas para los escribas en el *scriptorium*, siete mesas en el refectorio.

Venían citadas con admiración y maravilla; las bibliotecas monásticas que contenían 1.000 o 2.000 volúmenes, pero eran excepciones; la mayoría rondaba entre los 300 o 400. Los libros eran tan preciosos que se unían con una cadena al atril para que no pudieran ser robados. No se prestaban de buena gana, y menos si eran préstamos para mucho tiempo. Si la calefacción era escasa, la luz no era tampoco suficiente: los medios para procurarle, aceite

<sup>17</sup> G. Forsyth, *The church of St. Martin at Angers (...)*, Princeton (N. J.), 1953, 142, nota 244.

de oliva y de amapola, el sebo o la grasa de morueco, la cera de las abejas, eran raros y costosos.

Un modelo muy parecido a la descripción de la laberíntica biblioteca de la novela «El nombre de la rosa», aparece en una miniatura que representa el *scriptorium* de Távara, conocida abadía de la región de León, organizado bajo la biblioteca en una torre un poco apartada de los otros edificios del monasterio.

Se conoce otra biblioteca instalada en un edificio separado: la del monasterio de Fontella fundado por S. Wandrille, en Normandía, hacia el 649. Surge frente al refectorio en el lugar del antiguo dormitorio y presenta la fachada hacia el claustro.<sup>18</sup>

### 3. *El trabajo en el scriptorium: división de tareas, la colección libraria, horas de trabajo, número de copistas.*

El *scriptorium* y la biblioteca eran el corazón del monasterio: no sólo estaban lógicamente unidos sino que, como se ha visto, a veces su ubicación coincidía y su cuidado se encomendaba a la misma persona. En la época de la planta de St. Gall estas dos instituciones era ya evolucionadas en una compleja organización, y estaban al cargo de un funcionario a las órdenes del abad. En los monasterios pre-carolinos el responsable era generalmente el maestro del coro (CANTOR), ya que el núcleo de la biblioteca monástica estaba constituido por libros litúrgicos para el canto y los oficios divinos. Bajo el impulso del renacimiento carolino, *scriptorium* y biblioteca fueron encargados a un funcionario especial, el BIBLIOTHECARIUS o ARMARIUS —en St. Gall el cargo es ocupado por el Abad Grimoaldo desde el 841 al 872—. El bibliotecario era responsable del mantenimiento y administración de un sistema de varias colecciones de libros; la colección principal conservada en la biblioteca central, la colección litúrgica —los libros empleados en los servicios divinos, a menudo encadenados a su lugar de uso en la iglesia, o guardados en la sacristía junto a objetos litúrgicos— y varias bibliotecas periféricas —por ejemplo una biblioteca de consulta de textos escolásticos necesarios para la instrucción elemental de los novicios y otra para la escuela superior—.

<sup>18</sup> W. Horn, The architecture of the Abbey of Fontanella, from the time of its foundation by St. Wandrille (649) to the rebuilding of its cloister by Abbott Ansegis (823-833), in: «Speculum. A journal of mediaeval studies» (60), 1985.

Una tercera colección venía usada para la lectura cotidiana de los frailes, la *LECTIO DIVINA*, ocupación monástica primaria según la enseñanza de San Benito. El bibliotecario era responsable del scriptorium y de la labor de transcripción desarrollados, eventualmente en celdas individuales, para las órdenes religiosas que lo prescribían.

La colección libraria debía ser consistente o componerse, al menos, de un número de libros igual al número de monjes, ya que la regla benedictina prescribía que cada fraile recibiese un libro al comienzo de la Cuaresma, que continuaba leyendo durante todo el año. La elección y distribución de libros eran efectuadas por el prior que podía —si quería— aumentar la dotación para algún hermano. Los títulos de los libros dados en préstamo se copiaban en una lista de control, el *BREVE*, para facilitar la devolución y las cuentas al final del año.<sup>19</sup>

En la Edad Media los libros eran concebidos como las armas de Dios, en efecto un monje escribe: «Un monasterio sin biblioteca es como un castillo sin arsenal».<sup>20</sup> Sin duda el fraile tiene en mente una colección de obras religiosas de donde los monjes extraían la doctrina para luchar contra herejes y paganos.

Aunque al principio el trabajo de transcripción se limitaba a los libros sagrados y litúrgicos, en muchos monasterios benedictinos y agustinianos se dedicaba mucho cuidado a la conservación de los clásicos. En muchos monasterios no se transcribían solamente los libros, sino que se producían textos, especialmente crónicas, que registraban sucesos locales o del mundo exterior y variados comentarios de las Sagradas Escrituras y de los textos de los Padres, colecciones de exempla, florilegios, compendios.

Por lo general, los monjes que sabían escribir bien hacían de la escritura su principal, o bien, exclusiva actividad. Las gafas no aparecen hasta el siglo XIII: se necesitan, por tanto, buenos ojos y escritura clara para escribir en un local, no siempre bien iluminado, a veces sólo alumbrado por la luz vacilante de una vela. Sabemos que un buen número de copistas, por muy devoto que pareciese este trabajo, se quejaban de la carga que le había sido encomendada. Y los innumerables errores diseminados en los manuscritos nos confirman que la atención del copista no era siempre perfecta.

<sup>19</sup> J. Semmler, *Corpus consuetudin. monast.* I, 1963, 39.

<sup>20</sup> «*Clastrum sine armario, quasi castrum sine armentario*», in: E. Martène, *Thesaurus novus anecdotorum* (...), Paris, 1717, I, p. 511.

Un escritor anónimo del siglo X habla de seis horas al día como tarea normal:<sup>21</sup> estas horas ocupan casi todo el tiempo no dedicado a los oficios religiosos —el canto de Salmos y la *Lectio Divina*—.

A los monjes se les permitía escribir en las festividades menores del año, pero no en domingo ni en festividades solemnes.

Por lo general, el trabajo nocturno y con luz artificial no estaba permitido, a causa de la mayor posibilidad de errores, o de mala caligrafía, además de peligros de daños a los costosos códices, provenientes de la grasa o del fuego de las lámparas.

Existieron seguramente algunas excepciones: Cassiodoro inventó una lámpara en la que el aceite no se acaba y no era necesario despuntar la mecha. El monje Luis de Wessobrun en Baviera acabó de copiar el Comentario a Daniel de San Jerónimo de noche, aterido de frío. Su *explicit* es el siguiente: «Buenos lectores que haréis uso de este libro, os ruego, no olvidéis al que lo ha copiado: era un pobre frailecillo, llamado Luis, que mientras transcribía este volumen traído de un país extranjero, ha soportado el frío y cuando ya no pudo escribir a la luz del sol, lo terminó con la luz de la noche».<sup>22</sup>

El número de monjes que trabajan en el *scriptorium* varía mucho: el plano de St. Gall nos muestra que catorce monjes podían escribir simultáneamente si imaginamos que cada escribanía estaba ocupada por dos escribas.

Los estudiosos han calculado, basándose en las diversas manos que han escrito cada manuscrito, que en St. Gall, en el siglo IX, se llegó al número de cien escribas: algunos trabajaban en el claustro, otros en las celdas individuales.

A menudo más de un escriba colabora en la transcripción de un códice. La escritura de los textos sagrados era muy valorada y generalmente era considerada una tarea más noble que el trabajo físico (en el campo): esto está expresado inequívocamente en el poema de Alcuino dedicado a los escribas.

Había diversos tipos de escribas en cada gran monasterio: los monjes ancianos, bien adiestrados en el arte de la caligrafía, eran llamados *ANTIQUARI* y se ocupaban de transcribir los libros litúrgicos y otros de precio.<sup>23</sup> Los jóvenes de la escuela, los novicios y los otros monjes, que escribían con soltura, pero sin gran cuidado, seguían el trabajo ordinario y cotidiano de copia

<sup>21</sup> F. Madan, cit., p. 45.

<sup>22</sup> S. R. Maitland, *The Dark Ages*, 6.º ed., London, 1867, I, p. 57. El *explicit* es la fórmula final que acababa la transcripción de un códice.

<sup>23</sup> H. J. Feasy, *Monasticism: what is it?*, London, 1898, p. 183.

—cartas, registros administrativos— y eran llamados LIBRARIII o simplemente SCRIPTORES.

Excepcionalmente los estudiantes podían copiar libros: los alumnos de St. Gall fueron famosos por su buena caligrafía y obtuvieron permiso para copiar códices, pero nunca Evangelios o otros libros litúrgicos. Se conserva una copia del texto que a menudo se daba a copiar a los aprendices —cada letra del alfabeto está trazada siguiendo una línea de puntos que indica el verso que la pluma debe recorrer.<sup>24</sup>

Después de la transcripción del texto el códice no está todavía completo: debe pasar por las manos del RUBRICATORE y del CORRETTORE antes de ser entregado al LEGATORE. El copista ha dejado huecos para la titulación de los capítulos, las iniciales y el título, puesto generalmente en la primera línea del manuscrito. El rojo era el color más frecuente usado para ello, como indica el nombre del artista, MINIATOR o RUBRICATOR (el pigmento rojo era llamado puntuación. Además de los monjes a veces se encuentran en los *scriptoria* con tinta roja, luego se emplearon tintas azul, amarilla y verde.

Los más finos manuscritos, como la Biblia y el Psalterio, era miniados y rubricados: las miniaturas se pintaban en torno a las iniciales y a lo largo de los márgenes, a menudo con follage de oro y vivaces colores.

El ensayo y corrección del códice eran funciones importantes en cada monasterio: los monjes más expertos eran adeptos a este trabajo y frecuentemente los abades dedicaban su tiempo libre a la corrección de textos. Incluso con los escribas más cuidadosos la probabilidad de incurrir en errores de vista o de memoria era tan alta que sólo una vez cada cien era posible encontrar dos folios consecutivos perfectamente transcritos. Ya Cassiodoro había puesto a punto un sistema para guiar a sus correctores en la corrección de las Sagradas Escrituras. Los correctores hubieran debido confrontar, palabra por palabra, texto y prototipo, indicando todos los errores al margen con un lápiz de plomo, para insertar sucesivamente las correcciones sobre las abrasiones de los errores.

Pronto el trabajo de producción del códice viene racionalizado y fragmentado en varias fases: junto a los copistas propiamente dichos y a los miniadores aparecieron los cortadores de piel —los FORBITORES— los que preparaban los pergaminos —PERGAMENTARIII— y los encuadernadores. Un texto nos señala incluso la existencia de un monje encargado de vigilar en particular la puntuación. Además de los monjes a veces se encuentran en los *scriptoria* copistas laicos asalariados, que suplían la falta o la insuficiencia de los monjes,

<sup>24</sup> A. T. Drane, *Christian Schools and Scholars*, 2.<sup>a</sup> ed., London, 1881, p. 172.

especialmente en las grandes abadías en las que había una gran cantidad de trabajo administrativo que debía ser cotidianamente despachado.

Solo el abad tenía derecho a escoger a los escribas y, en algunas abadías, el encargo debía ser discutido en el capítulo. La regla del silencio era aplicada con rigor tanto si los monjes leían o escribían en el *scriptorium* o en el claustro o en las celdas privadas.

Para evitar rumor o molestia ninguno se podía levantar de su puesto durante las horas de trabajo sin el permiso del abad o del bibliotecario: sólo a ellos dos les era permitido entrar en el *scriptorium* o en la biblioteca.

Para poder comunicarse a pesar de la prohibición absoluta de hablar se había elaborado un complejo sistema de signos: el signo genérico para indicar la petición de un libro era un movimiento análogo a pasar la página. Si se deseaba un misal se añadía al signo genérico el signo de la cruz: para los Evangelios el signo de la cruz se hacía en la frente. Para el Salterio el monje ponía sus manos sobre la cabeza, formando una corona; si se solicitaba un texto pagano además del gesto general se rascaba una oreja con una mano, del modo en que lo hacen los perros —de hecho— los infieles eran siempre comparados con aquellos animales.<sup>25</sup>

A pesar de todo el reglamento el monje con inclinación a la conversación encontraba el modo de comunicarse, escribiendo frases sobre el margen del folio y mostrándoselo al vecino.

La encuadernación más común en el Medio Evo estaba compuesta por dos tablas de madera recubiertas de pergamino, piel de ciervo o de ternera, de color natural o teñida. Los libros más preciosos recibían una encuadernación en marfil, plata o incluso de oro, y los planos eran esculpidos, grabados o adornados de gemas y piedras preciosas.

El coste de la producción de un libro no es fácil de determinar porque los monjes no cobraban, pero el precio de los materiales a veces está registrado. En la Alta Edad Media el pergamino era tan escaso y costoso que venía usado con gran restricción. Este es el motivo por el cual los Irlandeses comprimían la escritura en una página en detrimento de la comprensión y de la facilidad de lectura. Escribiendo en pequeños caracteres, usando las letras sobreescritas y sobre todo abreviando casi todas las palabras logrando conseguir que el pergamino fuese suficiente a sus necesidades. La mayoría de nuestros palimpsestos latinos proviene de los dos monasterios irlandeses de Bobbio

<sup>25</sup> E. Martène, *De Antiquis Ecclesiae Ritibus libri (...)*, 2.<sup>a</sup> ed., Anversa, 1736-1738. El capítulo *DE SILENTIO ET SIGNIS*, traducido por T. Hardy, cit., p. XVIII.

y St. Gall. La escasez del pergamino en los siglos VII y VIII, se puede deducir de la cantidad de manuscritos de autores clásicos y también patristicos que borran para reescribirlos.

Después del siglo XI el precio del pergamino descendió de modo que esta práctica cesó: en 1300 el precio de 5 docenas de piel era sólo 60 «centesimi».

El mantenimiento de la biblioteca y del *scriptorium* incluso en los monasterios en los que los laicos no eran asalariados era considerable: se convierte en una costumbre en Francia e Inglaterra dotarlos —tanto a la biblioteca como al *scriptorium*— de un patrimonio propio con sus rentas, asignándoles determinadas tierras y fondos especiales para la provisión de pergaminos, la restauración de libros antiguos (Corbie) y sueldos para los copistas.

No podríamos olvidar en una relación sobre los *scriptoria* medievales la obra de las mojas, ya que ellas no eran ni menos hábiles ni menos cultas que los monjes. De hecho, algunos de los más refinados ejemplos de caligrafía vienen de manos de monjas. San Agustín escribió sobre Santa Melania, que fundó un convento cerca de Cartago en el siglo V, que ganaba para vivir transcribiendo manuscritos y que escribía maravillosamente y correctamente.<sup>26</sup>

La más prolífica de todos los escribas fue la monja llamada Diemudis (ca. 1060-1130), que copió cerca de 45 volúmenes, 2 Biblias enteras, 5 Misales, otros 4 libros litúrgicos, obras de los Padres y un gran número de sermones, homilías, y otros tratados de los que nos ha dejado la relación.<sup>27</sup>

Uno de los más bellos códices miniados del siglo XII fue el *Hortus Deliciarum* ilustrado por la abadesa Errada de Landsberg, desventuradamente destruido en el incendio de la biblioteca de Strasburg.

\* \* \*

El final del siglo XIII ve el inicio del declinar del *scriptorium* monástico. El 1291 Murbach no tenía monjes que escribiesen y en 1297 en St. Gall pocos monjes sabían escribir, ni siquiera el prior. Desde este momento Corbie empleó escribas laicos. Los monasterios ingleses tuvieron un declive un poco más retardado respecto al continente. Y cuando uno piensa en toda la fatiga y la posibilidad de errores y todas las dificultades de la transcripción manual no sorprende que los monjes estuviesen entre los primeros en valorar la invención de la imprenta con caracteres móviles.

<sup>26</sup> G. H. Putnam, *Books and their Makers during the Middle Ages*, New York, 1896, I, p. 33.

<sup>27</sup> F. Edler, *The monastic Scriptorium*, in: «Thought», 6, 1931, n. 2, p. 205.